

rianos, mandaron celebrar contra la doctrina de la consubstancialidad; deberíamos venerar desde hace ya mucho tiempo el latrocinio de Éfeso, en el que se ostentó todo el furor impío de Dióscoro. Según el propio principio deberíamos despreciar el santo Concilio que depuso á Pablo Samosateno, y proscribió la impiedad que echaba por tierra los fundamentos de la fé y de las costumbres cristianas. ¿Dónde están los cánones, añade, que prohiban aprobar los Concilios celebrados sin la sancion del emperador, ó que prescriban no convocarlos sin orden suya? Convinieron en este principio; y acerca de otros muchos artículos, algunos de los grandes, mas adictos al parecer á las pretensiones del emperador, conocieron toda su injusticia. Penetró el Santo cuanto pasaba en sus corazones, y les propuso que invitasen á Constante á seguir el ejemplo de su abuelo que condenó al fin su fatal Ecthesis. Reflexionaron por algun tiempo en silencio, mostrando su confusion con varios movimientos de cabeza y con diferentes ademanes, despues de lo cual exclamaron: *Todo está erizado de dificultades invencibles.* No pudieron sin embargo resistir á las impresiones de respeto que les inspiraba el santo confesor, y al separarse de él le saludaron con mucha urbanidad.

El destierro del Santo y de sus dos compañeros fué todo el fruto de una confesion tan gloriosa: iniquidad aconsejada al emperador por los eclesiásticos impregnados con el veneno de las nuevas doctrinas, y recelosos del ascendiente irresistible de un doctor venerable á quien miraban todos los católicos como padre y como guia. Condujeron á los tres confesores, pero con separacion, á los confines de Tracia, á las últimas plazas que tenian los romanos en las fronteras de los bárbaros, sin provision alguna para su subsistencia y casi sin vesti-

dos. Intentaron alli de nuevo seducir á Máximo por medio de Teodosio, obispo de Cesarea en Bitinia, que al año siguiente recibió este encargo del emperador y del patriarca Pedro que era monotelita como Pablo su predecesor; pero la elocuencia del santo doctor hizo una impresion aun mas profunda en el prelado de Cesarea que la que hizo en los cortesanos encargados del interrogatorio precedente (1). Redújole en primer lugar á convenir en que el Typo, destituido de toda autoridad en materia de fé, no era mas que un puro espediente de política, reprobado desde su origen por los ortodoxos, quienes seguian mirándole como instrumento de la perdicion de infinitas almas; despues, con prodigiosa erudicion, le convenció de que la multitud de textos atribuidos á los Padres con los que el patriarca habia prevenido á Teodosio en favor del monotelismo, no era mas que una obra de falsarios escrita con la hiel de los hereges mas detestables; obligóle á reconocer en términos espresos las dos operaciones y las dos voluntades de Jesucristo, como tambien las dos naturalezas; en suma, Teodosio, conmovido interiormente y muy enternecido, tomó parte en las aflicciones del Santo, y le dió algun dinero con dos vestidos, de los que otro obispo tuvo la bajeza de apropiarse una túnica. Pero la conversion misma del obispo Teodosio, aunque confirmada por una especie de juramento, es decir, por el contacto de la cruz y del Evangelio, no fué mas que una ligereza incapaz de hacer frente al temor de la desgracia y á la esperanza del favor.

Comunicaron sin embargo de parte del príncipe una nueva orden á Máximo para que se acercase á la ciudad imperial, y se alojase en el monasterio de Régio, poco distante de Constantinopla. El rescripto or-

(1) Tom. 6. Concilior. n. 17.

denaba que tratasen á Máximo con distincion y miramiento, así por razon de su edad y de sus enfermedades, como por el lugar que habia ocupado en la corte. Le negaron el uso del resto de sus pobres muebles, y solo le dejaron el dinero y vestidos que le habian dado. Dos patricios que llegaron en compañía de Teodosio, maltrataron al santo confesor por hallarle siempre adicto á la verdadera fé, y le maltrataron hasta el extremo de darle muchas puñadas, despues le arrancaron la barba y le escupieron desde los pies á la cabeza (1). El obispo de Régio acudió é impidió que pasase mas adelante su brutalidad, haciéndoles ver que los negocios eclesiásticos no debian tratarse de aquella manera; mas ellos continuaron llenando al santo anciano de injurias y maldiciones. «Si, dijo Epifanio, que era el mas colérico de los patricios: si siguen mis consejos, te arrastrarán por la ciudad y te pondrán en una argolla en medio de la plaza, adonde irán los cómicos, los bufones, las mugeres públicas, y el mas vil populacho á abofetearte y escupirte en el rostro.» «Por la Trinidad, dijo el otro patricio, llamado Troilo, por poco descanso que nos dejen los infieles te asociaremos al Papa que se gloria de tal, y á todos los insolentes charlatanes de la otra parte del mar para tratarles del modo que á Martino.» De esta suerte la envidia y la presuncion principiaban á conducir á los griegos hácia su cisma irremediable; y á proporcion, como en castigo de sus excesos, sus mas bellas provincias pasaban al yugo de los filisteos de la nueva ley, es decir, de los musulmanes, menos enemigos del culto y del nombre latino que aquellos romanos degenerados.

Apenas supo el emperador la perseverancia del santo abad, le condenó á un nuevo destierro. Despojaron al confesor otra

(1) Tom. 6. Concilior. n. 23.

vez de la poca y mala ropa que tenia, y le entregaron con sus dos compañeros á los soldados, que los condujeron á Selimbria. Llegó su malignidad hasta el extremo de prevenir contra él al ejército de aquella frontera, en el que esparcieron la voz de que no reconocia á María por Madre de Dios, y que no cesaba de blasfemar su nombre. Sin embargo, el comandante movido de los impulsos de la gracia, mandó saliesen á recibirle los gefes de las bandas y las banderas, con los sacerdotes y diáconos que seguian las tropas cristianas á fin de celebrar el oficio en Oriente conforme se practicaba en Occidente. San Máximo se puso de rodillas al encontrarse con ellos, y ellos por su parte hicieron lo mismo, estuvieron orando algunos momentos y le pidieron luego con grandes demostraciones de respeto que se sentase (1). Entonces, uno de los circunstantes, no tanto por persuadirse de la verdad cuanto para destruir las imposturas, le dijo con un aire y tono magestuoso: «Padre mio, han querido persuadirnos que negais á la Virgen María el nombre de Madre de Dios, por tanto os rogamos que destruyais este escándalo.» Al oír el Santo estas palabras, postróse en tierra, derramó un torrente de lágrimas, se levantó dando gemidos, y alzando los brazos al cielo dijo con voz robusta aunque interrumpida con continuos suspiros: «Quien no confiese que nuestra Señora, la Santísima Virgen, es la Madre de Dios, Criador del cielo y de la tierra, anatema contra él de parte del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de todas las virtudes celestiales y de todos los Santos, ahora y por todos los siglos de los siglos.» Los espectadores vertiendo tambien lágrimas exclamaron: «os atormentan en extremo, Padre mio; Dios sea vuestro apoyo y vuestra corona.» Siguieron tratando con el

(1) Tom. 6. Concilior. n. 31.

Santo de asuntos piadosos, concurriendo soldados de todas partes y aumentándose la multitud por momentos. Mas algunos oficiales ambiciosos, con el designio de dar gusto á la corte, le obligaron á alejarse del campo á dos millas de distancia, y luego le encarcelaron en Perbera.

Como la tímida política no se creía todavía segura, le llevaron otra vez á Constantinopla junto con los dos Anastasios, con ánimo de perderlos sin recurso. Mas aparentaron todas las formalidades de la justicia, y procedieron con aquella circunspección farisáica que nunca es más escrupulosa que cuando pretende revestirse del carácter de la equidad. Principiaron fulminando anatema contra ellos en un conciliábulo, en que condenaron también al Papa San Martín, á San Sofronio de Jerusalem y á todos los de su comunión, es decir, á todos los ortodoxos. Concluido este juicio, que injustamente llamaban canónico, el senado de acuerdo con el Concilio los condenó á ser azotados con nervios de toro, á que se les cortase la mano derecha y arrancase de raíz la lengua, y á que los paseasen ignominiosamente por los doce barrios de la ciudad, y que luego los desterrasen y encerrasen por el resto de sus días. Todo se ejecutó con una crueldad superior á la de la sentencia (1). Quisieron despojarles otra vez, y solo les encontraron una aguja y un poco de hilo que tuvieron el atrevimiento de quitarles. El país salvaje de los lacios, vecino al de los mortíferos cantones de los alanos, fué el lugar de su destierro. Iba espirando San Máximo, y se vieron precisados á conducirlo en una angarilla de mimbre. Murió en efecto, consumido de males y de fatigas, á los ochenta y dos años, el día 13 de agosto del año 662, el mismo que él había señalado de antemano

(1) Tom. 6. Concil. n. 33.

como término de sus trabajos, y el mismo también en que la Iglesia honra su memoria. Su discípulo Anastasio había fallecido un mes antes; y Anastasio el apocrisario, á pesar de sus escasivos tormentos, sobrevivió cuatro años durante los cuales empleó todos los momentos de descanso en sostener la verdad, teniéndose por feliz en ser su víctima. Escribía á este fin de un modo al parecer prodigioso, pues ataba al extremo del brazo, cuya mano le habían cortado, dos palos pequeños que sujetaban la pluma.

Incitado el emperador Constante de su resentimiento, emprendió en el año siguiente á la muerte de San Máximo el viaje á Italia. Quiso recobrar á Benevento y arrancar esta plaza del poder de los lombardos; mas dió el golpe en vago. Inmediatamente despues marchó á Roma, donde la humillacion que acababa de experimentar moderó su venganza. Se contentó con llevarse bajo pretextos especiosos todo el bronce de las iglesias, no habiendo encontrado en ellas oro ni plata, y hasta quiso hacer el papel de católico celoso, pues asistió al santo sacrificio en la iglesia de San Pedro y ofreció un tapiz de oro. El Papa Vitaliano, sucesor de Eugenio desde el 30 de julio de 657, creyó que para bien de la Religion debía contentarse por algun tiempo con estas débiles señales de catolicismo. Pero el emperador no estuvo más que once dias en Roma, despues de los cuales no atreviéndose á volver á Constantinopla, en donde no era menos odiado, pasó á Sicilia, y permaneció cuatro años en Siracusa. Atormentado de continuos remordimientos, no halló sitio alguno que no le ofreciese mil motivos de disgusto. Rara vez empaña un solo delito el alma de aquellos que cuentan de seguro con la impunidad. Constante habia hecho objeto de su diversion la vida de los mártires, y no tuvo mas respeto á los derechos de la naturaleza. Despues de haber

obligado con violencia á su hermano Teodosio á recibir el diaconado, se preparó él un manantial inagotable de tormentos con haber mandado le quitasen la vida. Representábasele todas las noches con los ornamentos de su estado, ofreciéndole un cáliz lleno de sangre y diciéndole: *bebe, bárbaro hermano*. Por último, fué asesinado en los baños de Siracusa á fines de setiembre del año 668 (1).

Muy diferente y consolador aspecto presentaba la fé en la mayor parte de los países conquistados á los emperadores, entre los pueblos llamados bárbaros por aquellos que conservaban en Oriente el vano nombre de romanos. En el reino godo de España (a), la

(1) Teoph. ann. 27, pag. 292.

(a) Dijimos ya en la nota de la pág. 283 cómo Sisebuto habia sucedido en el trono español á Gundemaro, y manifestamos las bellas prendas que le adornaban, su valor en la guerra y su clemencia en la victoria, su prudencia en el consejo y su religiosidad en todos sus actos. Poco habremos de añadir ahora aquí, no porque faltase materia si hubiéramos de relatar los hechos ilustres de este príncipe, sino porque no lo consienten los estrechos límites de una nota. Hablamos ya de su triunfo sobre los asturianos y riojanos que se habian sublevado y de sus victorias sobre los romanos. Pues bien: al fin de la guerra con estos, ellos mismos pidieron la paz á Sisebuto, aprovechando una ocasion que aunque al parecer ligera, como la llama el P. Mariana, la creyeron oportuna. Fué el caso que Cecilio, obispo de Mentesa, dejó por entonces el obispado y se retiró á un monasterio para consagrarse á Dios en la soledad y contemplacion. No dió noticia de ello al rey hasta despues que ya estaba hecho; lo cual sintió mucho el rey y escribió una carta al obispo de mucha cristiandad y sentimientos segun dice Morales, donde le culpaba de haber dejado el cuidado de sus ovejas y le previene comparezca en su presencia para proveer el modo de que volviera á cuidar de su diócesis. Púsose en camino Cecilio para acudir al llamamiento de su rey; pero cayó en manos de los romanos que lo llevaron preso á Cesario, el patrio, que era el que gobernaba por el emperador Heraclio todo lo que por acá tenia el imperio. El patrio Cesario, que deseaba la paz con Sisebuto, holgóse de que se le presentase esta ocasion, y así dió libertad al obispo y con él envió al rey un embajador llamado Ansemundo, siendo este portador de una carta en que para conseguir la paz le representa los grandes estragos que la guerra habia causado: «la tierra, le dice, que esperaba dar sus frutos regada con el rocío del cielo, empapada con la sangre cristiana ha hecho lagos y corrientes de ella.» Envióle ademas con Ansemundo un presente que consistia en un arco. Contestóle Sisebuto, accediendo á la paz y le envió por embajador á Teodorico, con

B. del G., tomo XVII. — IV.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo II.

iglesia de Toledo, su capital, declarada metrópoli de toda la provincia de Cartagena en el año 610, trabajó durante todo el si-

cartas y presentes para Cesario, y quizá también para el emperador, pues pasó á Constantinopla. Ademas de estas cartas, hay otras dos de Sisebuto, que Morales dice vió en el libro viejo de Oviedo y en el de Alcalá. La una es á Eusebio, obispo de Barcelona, á quien usando de la libertad que solian tomarse los príncipes, como dice el P. Mariana (véase nuestra nota de la pag. 284) le manda que luego que reciba su carta, deje el obispado y le ocupe otro que allí no nombra. La causa de dicho castigo fué porque dicho obispo no habia impedido se representasen en el teatro de Barcelona algunas cosas que tenían rastro de gentilidad, y aun quizá habia él mismo ido á verlas. Infiérase de aquí cuál era la religiosidad de Sisebuto, y cuán de diverso modo pensaba de los que tanto suelen clamorear cuando los obispos reclaman contra ciertos espectáculos y que casi serian capaces de hacer con estos obispos porque reclamaban contra ellos lo que Sisebuto hizo con el de Barcelona porque no lo impidió. El desorden que hubo en esto de Sisebuto fué, dice oportunamente el P. Mariana, que «el rey por su autoridad pasase tan adelante.»—La otra carta es á Teudila y Sandrimero, que aunque algunas veces los llama el rey hijos suyos, se cree no fueran mas que criados suyos de los principales: habian dejado el siglo y metídose monges, y el rey les escribe dándoles el parabien por su nuevo estado, y rogaciéndose con ellos devotamente acaba la carta con versos exámetros y pentámetros que Morales dice no se pueden tener por malos.—Movido de su devocion á la santa virgen y mártir Leocadia, construyó en su honor un magnífico templo en Toledo, que despues se hizo muy célebre por los Concilios que se congregaron en él, esto dicen algunos; pero otros creen que este templo que edificó Sisebuto estaba en la vega de Toledo junto á la ribera del Tajo; y Mariana dice que la fábrica que hoy existe en Toledo, del templo de Santa Leocadia, no la edificó Sisebuto, sino el arzobispo de Toledo don Juan el III, que levantó aquel edificio despues que se hubo recobrado de los moros la ciudad. Estas virtudes cristianas estaban unidas en el corazon de Sisebuto á otras verdaderamente Reales. Con su valor y prudencia domó á todos sus enemigos, fomentó la prosperidad y riqueza del reino, y aumentó de tal manera la armada Real, que algunos escritores afirman que fué el que introdujo su uso en el dominio de los godos, si bien estos tenian ya sus naves de guerra en tiempo de Ataulfo. En estos y semejantes negocios estaba el rey ocupado, cuando le sobrevino la muerte en 621, despues de un reinado de ocho años, seis meses y diez dias. Fué tan llorado por sus súbditos, cuanto era amado de ellos por sus grandes virtudes.

Sucedíole su hijo Recaredo, segundo de este nombre, príncipe de poca edad y de no bastantes fuerzas para llevar tan enorme peso. Reinó solos tres meses segun la mas exacta cronología, pasados los cuales falleció, sin que de él se sepa otra cosa. Los grandes del reino eligieron entonces á Suintila, hijo de Recaredo I, el cual habia dado muestras de gran valor y pericia en el gobierno mientras que fué general de Sisebuto. Durante su reinado sujetó enteramente á los vascenes que de nuevo se habian insurreccionado:

glo VII en arreglar su disciplina de un modo capaz de poder servir de modelo á las muchas iglesias sujetas á su jurisdiccion.

acabó de echar de España á los romanos, y fué el primer rey godo que la dominó toda: reformó algunas corruptelas que se introdujeron antes en las leyes y costumbres del reino; y con estos hechos y con su extraordinaria liberalidad para con los necesitados se adquirió el nombre de príncipe excelente y de padre de los pobres. «Era, dice Mariana, persona de mucho ánimo y no de menor prudencia: ni con los trabajos se cansaba el cuerpo, ni con los cuidados su corazón enflaquecía.» Empero vino á perder todo su crédito y nombradía, cuando en el año 626, quinto de su reinado, declaró por su compañero en el trono á Rechimiro su hijo, con intento de asegurar en su familia la sucesion. Llevaron muy á mal los grandes el que con este artificio se heredase la magestad Real que antes se acostumbraba dar por voto de los grandes; y es cosa averiguada que desde entonces comenzaron á aborrecer al padre y al hijo y no se separaron hasta arrojarlos de la cumbre del poder. Suintila por su parte se habia abandonado á los vicios, dejó todo el gobierno á Teodora su muger y á su hermano Geila ó Agilano cuya avaricia era insaciable, y cargó á sus pueblos de enormes tributos. Esto contribuyó extraordinariamente al odio que todos concibieron contra el rey, cuyo gobierno decian se habia hecho insostenible.

Sabador de esto Sisenando, que era gobernador de la Galia gótica y uno de los godos mas ricos; valeroso, diestro y ejercitado en las cosas de la guerra, concibió el proyecto de subir al trono; mas no hallándose con fuerzas suficientes para ello, comunicó su designio á Dagoberto, rey de Francia, hizo alianza con él, y puesto al frente de los ejércitos combinados de godos y franceses entró en España y se avanzó hasta Zaragoza en la primavera del año 631. Desampararon luego los godos á Suintila y se unieron á Sisenando, por lo que el rey se vió precisado á ceder el trono, del que le arrojaron juntamente con su muger y su hijo Rechimiro. Quedó con esto Sisenando por rey, del que no sabemos otra cosa, sino que mandó celebrar el Concilio cuarto de Toledo para afirmarse en el trono. Murió á los tres años, once meses y diez seis dias de reinado, y le sucedió Chintila por eleccion que hicieron los grandes y prelados de la nacion. Luego que ocupó el trono, hizo congregarse el Concilio toledano quinto, al que siguió dos años despues el sexto. Mostró este príncipe un grande celo por la Religion católica mandando salir de sus dominios á todos los judíos que no se convirtiesen. Ordenó tambien que salieran de España cuantos no quisiesen profesar la fé católica, y que ninguno de otra religion pudiese militar jamás debajo de sus banderas. Poseyó el reino tres años, ocho meses y nueve dias, y falleció en Toledo por diciembre de 639.

En lugar del rey Chintila, por voto de los grandes del reino, fué puesto su hijo Tulga, jóven en la edad, pero en las virtudes viejo. Señalóse en particular en la justicia, celo de la Religion, liberalidad para con los pobres, en la prudencia y destreza en el gobierno y en la guerra. Iba creciendo en estas excelentes cualidades, y parecia habia de subir á la cumbre de la virtud y del valor, cuando la muerte atajó sus pasos. Murió de enfermedad en Toledo el

Celebráronse en ella hasta diez y ocho Concilios, de los que muchos fueron nacionales. Empero el plan que nos hemos propuesto no nos permite detenernos mas que en

año 641 á los dos años y cuatro meses de reinado.

Entró en su lugar Flavio Chindasvinto, quien por tener á su cargo las tropas con las que se habia rebelado contra Tulga, al cual parecia despreciar por su poca edad, luego que Tulga falleció se apoderó de todo con las mismas armas y con el favor de los godos y se quedó con el reino. Portóse luego muy bien, tanto que con la bondad de sus costumbres, con su prudencia y valor parecia querer hacer olvidar el modo con que habia subido al trono. Lo primero que hizo fué poner en orden las cosas de la república con buenas leyes y estatutos que ordenó; y para que con mayor acuerdo se tratase de todo lo que era conveniente, en el sexto año de su reinado hizo reuniesen en Toledo los obispos de todo su señorío, celebrándose así el sétimo Concilio de Toledo. Téñese por cierto, y hay memorias antiguas, dice Mariana, que Chindasvinto con deseo que tenia de enriquecer á España con libros y tetras, envió á Roma el obispo de Zaragoza llamado Tajo, para que de acuerdo con el Papa Teodoro buscáse en particular los libros de San Gregorio sobre Job, para que los trajese consigo á España, porque los que San Gregorio habia enviado á San Leandro, á quien los dedicó (si es que llegaron), no parecian por la injuria de los tiempos. Decia el rey que por medio de aquellos libros quería renovar en España la memoria de ambos Santos, favorecer la Religion y enriquecer la librería eclesiástica, pues tenia por cierto que con ninguna cosa podia dar mas lustre á su reino (que se hallaba colmado de bienes por la paz de que gozaba y por haber alanzado de sí la impiedad arriana) que con los medios de la sabiduría y con procurar que la Religion se conservase en su puridad; que para todo eran á propósito los libros de los PP. antiguos. Llegó Tajo á Roma, propuso el objeto de su ida, y el Papa se mostró deseoso de complacerle; pero habia sucedido en Roma casi lo mismo que en España. Viendo el obispo que pasaban dias y que no podia conseguir su intento, acudió á Dios por medio de la oracion y pasó toda la noche en santas plegarias. Oyólas el Señor y le señaló donde estaban guardados los libros de San Gregorio, y así le dió lo que buscaba. Dijóse, y el mismo Tajo lo testifica en una carta suya, que se le apareció San Gregorio y le reveló lo que deseaba saber. Dió Chindasvinto muchas posesiones y preseas á San Fructuoso para la fundación y dotacion del monasterio de Compluto; y en el año 648 nombró por compañero en el trono á su hijo Flavio Recesvinto con aprobacion y consentimiento de la nacion, cansada ya de tumultos y sediciones; y desde este tiempo principia el reinado de Recesvinto, á quien el rey padre á causa de su vejez dejaba todo el gobierno. Falleció por último Chindasvinto á los noventa años de edad, dia 30 de setiembre de 653, y fué enterrado, así como su muger Riciberga en el monasterio de San Roman (sito entre Toró y Tordesillas) que él mismo habia fundado, donde segun algunos autores llegó á tener pública veneracion.

Recesvinto mandó celebrar en el mismo año de la muerte de su padre el Concilio octavo de Toledo, en 653 el nono, y en el siguiente de 656 el décimo.

los asuntos pertenecientes al bien general de la Iglesia, así como á esta nacion particular.

En el de 653 observamos lo que no se

En todos ellos alabaron los Padres la Religion y el celo del Rey, su vigilancia, su gran piedad y la sabiduría de que Dios le habia dotado para el buen gobierno de sus pueblos. Gozaba en efecto el reino godo de perfecta paz en todas sus provincias. El príncipe fomentaba y protegía las ciencias, reformaba y aumentaba las leyes, hacia de todos modos la felicidad de sus vasallos, y bajo su imperio crecía prodigiosamente en virtudes la iglesia de España. Amado de los suyos, temido de los estranos y lleno ya de dias y de experiencia, comenzó Recesvinto á disponerse para la vida eterna, principalmente cuando sintió su salud algo quebrantada. Pasó á tomar mejores aires al lugar de Górticos, á dos leguas de Valladolid; pero no encontró allí ninguno. Agravóse poco á poco su enfermedad de la que falleció en 1.º de setiembre de 672, despues de un reinado de veintitres años y medio. Entre todos los reyes godos anteriores á don Pelayo, tal vez no hubo otro, dice un autor, que mereciese mejor que Recesvinto el título de Grande, si se mide (como es justo) por la conservacion y felicidad de sus súbditos, pureza de Religion y perfeccion de la disciplina de la Iglesia.

No habiendo dejado hijos Recesvinto, se juntaron los grandes y prelados del reino, y eligieron á Wamba, que tambien estaba con ellos. Era este hombre muy principal, y habia tenido el primer lugar en autoridad y privanza con los reyes pasados: diestro en las armas, prudente en el consejo y tan considerado y modesto en sus resoluciones, que escusándose con que su edad era ya bastante avanzada, en ninguna manera queria aceptar la corona, sin que las repetidas supplicas y aun las lágrimas de los electores y del pueblo pudiesen vencer su repugnancia. Viendo esto uno de los duques, desnudó su espada, y puesto en medio del Congreso dirigió su palabra á Wamba, diciéndole: «¿Por ventura será justo que resistas á lo que toda la nacion ha determinado y antepóngas tu reposo á la salud y contento de todos? En mucho tienes esos pocos años que te pueden quedar de vida, que con esta espada, si á la hora no te allanas, te quitaré yo y haré que pierdas la vida, por cuyo respeto rehuyes de tomar esta carga, y con tu muerte mostraré al mundo que ninguno debe con color de modestia tener en mas su reposo particular que el pró-comun de todos.» Doblegóse entonces Wamba á vista del peligro, mas no permitió que le llamasen rey hasta venir á Toledo y ser ungido por mano del arzobispo, como se verificó el dia 29 del mismo mes de setiembre en la iglesia de San Pedro y San Pablo, ungiéndole Quirico, arzobispo de Toledo y sucesor de San Ildefonso. Refiere San Julian de Toledo que al tiempo de su coronacion se levantó de la cabeza del rey, en la que se habia derramado el santo óleo, un vapor á manera de humo en forma de columna, y que tambien se vió volar de la misma cabeza una abeja, lo que se tuvo por una señal de felicidad. En efecto, principió Wamba prósperamente su gobierno; pero como los nuevos reinados suelen tambien ser ocasion de novedades en los pueblos, hubo grandes movimientos y rebeliones en la Vasconia y en la Galia Narbonense; pero en el siguiente libro hablaremos de

halla en ninguna otra parte con respecto á las formalidades necesarias que se guardaban en la celebracion de los Concilios, y cuyo origen ha de buscarse sin duda en una tradicion antigua (1). Al amanecer, antes de salir el sol, hacian salir á todos de la iglesia, y luego la cerraban. Tenian los porteros orden de estar á la puerta donde debian presentarse los obispos, y entrar juntos tomando cada uno el asiento correspondiente siguiendo el orden de antigüedad de su consagracion. Despues de los obispos se llamaba á los sacerdotes, y luego á aquellos diaconos que por alguna razon debian asistir. Sentábanse los obispos formando un círculo, los sacerdotes estaban sentados detras de ellos, y los diaconos en pie delante de los obispos. Despues entraban aquellos legos á quienes los Padres juzgaban á propósito admitir. Tambien hacian entrasen los notarios para que leyesen y escribiesen lo conveniente. Inmediatamente el arcediano intimaba que orasen: y todos se postraban, permaneciendo en pie uno de los obispos mas ancianos para decir la oracion en voz alta. Volvian á levantarse cuando se lo avisaba tambien el arcediano: y despues de esto guardaban todos un profundo silencio. Un diacono con alba llevaba al medio del congreso el libro de los cánones; luego el metropolitano hacia proponer los diferentes puntos que se habian de tratar, concluyendo siempre uno antes de pasar á otros. Si algun eclesiástico ó lego de fuera habia recurrido al Concilio, daba cuenta de ello el arcediano de la metrópoli. Ningun obispo podia salir de la asamblea antes de concluirse la sesion, ni retirarse del lugar donde se celebraba el

esto con mas estension, así como de los hechos y cualidades del rey Wamba. Véase sobre todos estos reinados el lib. 6 de la historia del P. Mariana, y el 12 de Morales. (N. del E.)

(1) Tom. 5 Concilior p. 1702.